

LAUDATIO
en el acto de investidura de don Agustín Millares Carlo
como doctor Honoris Causa

ANTONIO DE BÈTHENCOURT MASSIEU

Excmos., e Ilmos. Sres., compañeros del Claustro, Estudiantes, Señoras, Señores, amigos todos:

Me cabe el inmerecido honor de pronunciar unas escuetas palabras en acto tan señalado de la vida académica, como es la incorporación a nuestro Claustro del maestro don Agustín Millares Carlo. Ello para mí es motivo de satisfacción

Satisfacción y honor doble por haber recaído en mi persona el actuar simultáneamente como Rector de nuestra Universidad y como Padrino, ya que en su momento fui quien propuso a la Junta de Facultad de Filosofía y Letras su incorporación al Claustro como Doctor *Honoris Causa*, de un paisano tan emérito y eminente como el admirado y admirable don Agustín Millares Carlo.

Reconozco que para mí es difícil y comprometido, pero creo que lo sería para cualquier otro, el tratar de sintetizar la compleja y profunda personalidad, científica y humana, del Profesor Millares y su enorme significación. Y todo ello, en breves minutos, que es lo preceptuado por el protocolo y la cortesía, pues entiendo que estarán ustedes más ansiosos de oírle a él que a mí.

El profesor Millares Carlo no será jamás entendido si tratáramos de desarraigarlo de una familia, como la suya, prolífica en número, y en la que la genética parece combinarse para producir intelectuales, artistas y poetas de renombre nacional e internacional a lo largo de generaciones. Desde su abuelo, Agustín Millares Torres, eximio historiador del Archipiélago y músico, pasando por los Millares Cubas, los Millares Carlo, los Millares Sall, hasta los Millares Cantero, es todo un complejo intrincado, cuya sola especificación

nos llevaría ahora muy lejos. Pienso que es conveniente subrayar de alguna manera este hecho, pues nunca la cultura de Canarias ha debido tanto a una familia tan homogénea intelectualmente, y en su talante liberal.

La figura de don Agustín, este joven intelectual y científico de 83 años, con una enorme clarividencia mental, una actividad trepidante y una vitalidad desbordada, es caso en verdad asombroso y admirable; pletórico, además, de generosidad con cuantos se le acercan en petición de consejo; generosidad que acompaña con pérdida de su tiempo para facilitar a los solicitantes datos recopilados minuciosamente y búsquedas por archivos y bibliotecas.

Doctor en 1916, catedrático de Paleografía Española, cuatro años después; Director del Archivo Municipal de Madrid, al siguiente; Académico de Número de la Real Academia de la Historia, en 1934; hubo de contemplar cercenada su vida académica en España por la cruel guerra civil. Fue uno de los transterrados españoles que generó en el continente americano, en las Indias Hispánicas, un nuevo movimiento cultural, una inédita conquista, quizá menos trepidante y grandilocuente que la del siglo XVI, pero también heroica y esforzada en pro del pensamiento hispánico.

Catedrático de Paleografía y Lengua Latina de la Universidad Autónoma de Méjico, investigador del Instituto Bibliográfico Mejicano, Director de la Biblioteca General y Director del centro de Investigaciones Humanísticas de Zulia (Venezuela), ha dejado un reguero de espléndidas realizaciones y un recuerdo perenne de su entrega docente, tanto entre sus alumnos y discípulos españoles, como entre mejicanos y venezolanos a lo largo de años tan fructíferos y fecundos.

Porque don Agustín es tan buen y ameno Profesor que, algunos estudiantes de Madrid, de otras carreras o especialidades, me han contado más de una vez, que entraban a sus clases, una materia tan árida y técnica como la Paleografía, para escuchar sus doctos y estupendos comentarios al compás de la transcripción de documentos. Como un auténtico maestro transformaba así la historia muerta del documento en historia viva y vivida. Sus discípulos le han considerado siempre por ello un maestro. Pero en la Universidad no hay posible magisterio sin investigación.

Es imposible dar, ahora y aquí, a conocer la labor investigadora de nuestro doctor. Si tenemos en cuenta que su bibliografía está compuesta por más de 200 trabajos aparecidos en multitud de revistas científicas, unos 25 libros, amén de conferencias, y sus famosos manuales, como el de Paleografía, en el que hemos aprendido a descifrar las letras antiguas, historiadores y filólogos, hispánicos e hispanistas, desde 1929 en que apareció su primera edición, ahora se reedita nuevamente, puesta al día. Habría que añadir, obra de este humanista, en el sentido más prístino del vocablo, los manuales de Lengua Griega, Lengua y Literaturas Latinas y los de Literatura Universal.

Semejante conjunto me obliga a repetir el concepto que ya tuve ocasión de pronunciar en su presencia. Para mí, don Agustín es el mayor polígrafo español desde Menéndez Pelayo, aunque el registro de ambos varíe esencialmente.

Su perfecto dominio en lenguas clásicas, junto con su afinada técnica en la interpretación paleográfica, le ha permitido abarcar un campo inmenso: desde la edición de textos clásicos y las exégesis más rigurosas de los códices visigóticos y de textos medievales; el rigor en dar a conocer colecciones diplomáticas; la catalogación de un sinnúmero de archivos, cuyo contenido ha sacado del olvido en nuestro país y en las repúblicas americanas; la interpretación histórica, la crítica y aportaciones esenciales para la historia literaria, sin olvidar el género biográfico, del cual sus libros sobre Andrés Bello son buen ejemplo; y esa otra aportación continua y sorda de la bibliografía de antiguos escritores, con una valoración exacta de sus respectivas aportaciones, influencias, fuentes y ediciones, que son de enorme utilidad para todos cuantos necesitamos acercarnos a cualquier periodo de nuestro pasado, desde la época visigoda a los inicios de la anterior centuria.

Pero no quisiera terminar esta evaluación global, un tanto precipitada y de leves pinceladas, que no reflejan sino muy remotamente su ingente quehacer, sin subrayar que el Doctor Millares Carlo siempre tuvo en su telar el pasado de nuestro Archipiélago. A fuer de buen canario y amante entusiasta de su tierra, cosa que no podemos decir de algunos que aquí nacieron y triunfaron, pero olvidaron a sus islas. Con sólo contemplar la ingente aportación de su *Bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, guía imprescindible para los estudiosos de nuestro pasado, desde su aparición en 1932, y de la que ahora publica su segunda edición en varios gruesos volúmenes. Esto es mucho, pero no todo, porque en el intermedio publicó más de 50 aportaciones, todas novedosas, descubriéndonos aspectos inéditos en forma insuperable y con el rigor que le es propio sobre nuestro pasado.

Agustín Millares, un maestro universal y un sabio investigador. Esto es mucho y con ello ha demostrado que cuenta con méritos en exceso para que hoy podamos contar con el honor de su incorporación a nuestra Universidad. Sin embargo, ceñirnos a su magisterio e investigación sería mutilar la rica personalidad de nuestro dilecto amigo.

¿Por qué? Porque quizá su faceta humana de hombre que anda por el mundo y se entrega a los demás, su postura liberal e intachable, su talante independiente, ante los avatares de la vida, aunque estos avatares hayan producido dolor y cicatrices en su espíritu, son rasgos que aumentan y complementan lo que hasta ahora he referido.

No quisiera a estas alturas, revivirle tristezas, sino recordarle como muestra de mi cariño por su persona, algunos momentos en que hemos coincidido.

El primer contacto fue hacia 1952, cuando regresó por primera vez a España después de su exilio. Las repetidas visitas que le hice en la vieja casa de la calle Hermanos Millares en Las Palmas. Era yo todavía muy joven y aprendí mucho de sus largos y pausados parlamentos.

Más tarde una correspondencia, él en Méjico, yo en Valladolid, con motivo de acopiarle algunos datos de los expedientes guardados en el archivo de aquella Universidad.

Más adelante, su visita al archivo de Simancas en uno de los inviernos más crudos. ¿Recuerda usted cómo para evitar el frío, le acogimos en el viejo seminario de Historia Moderna, en el Colegio Mayor, joya del Renacimiento construida por el cardenal Mendoza? Allí don Agustín compulsó legajos y legajos, en jornadas de ocho y media a dos y media y de cuatro a diez. Nos impresionó a todos los jóvenes profesores la celeridad del trabajo, la seguridad en la consulta, la intuición en la localización de las piezas claves. Su simpatía, eternamente sonriendo, a pesar del frío y, sobre todo, su capacidad de fumador, empalmando cigarrillo tras cigarrillo con la colilla del anterior.

Eternamente sonriente. Esta sonrisa permanente es la clave de toda su personalidad, es la demostración de su generosidad, de su hombría de bien. Si don Agustín ha sufrido persecuciones y desdenes, si tuvo que abandonar su querida tierra, si se vio forzado abrirse camino en otras latitudes, lo que más he admirado en usted es que jamás le he oído un denuesto contra nadie, una crítica acerba hacia ninguno de los que le ofendieron o trataron de ofender. Mérito excepcional suyo es el haber sabido perdonar y el mantener una conducta rectilínea, rectilínea por ser fiel a sí mismo, incluso ante ofertas tentadoras. Y de ello tengo pruebas fehacientes, de tiempos ya lejanos, en que el equipo ministerial liberalizante de Ruíz Jiménez, le ofreció el reintegro a su Cátedra.

En estos momentos, claves para el futuro del país, es consolador que podamos contar con hombres como don Agustín Millares, maestro, sabio, caballero intachable y persona de talante liberal. Con este joven de 83 años que trabaja incansablemente por la ciencia y la cultura del Archipiélago desde su puesto de coordinador del Plan Cultural de la Excma. Mancomunidad de Cabildos Insulares de Gran Canaria, y que ahora entra por la Puerta Grande a formar parte de la Universidad de Canarias, la Universidad de las Islas que le vieron nacer, de la Universidad donde el 29 de junio de 1909 realizara la reválida de su Bachillerato, cursado en el inolvidable Colegio de San Agustín de su ciudad natal.

En nombre de nuestra Universidad, muchas gracias, mi querido y admirado don Agustín, por haber aceptado nuestra modesta oferta. Desde ahora, maestro, tiene usted aquí su casa para profesar e ilustrarnos en cuanto desee y le guste, que siempre habrá oídos ávidos de escuchar su magistral palabra.